

¿De veras, Mirabella, que no eres un señor?

IX

EN QUE PAUSOLE, HABIENDO SACUDIDO LA MELANCOLÍA DE LA REGLA, EXPERIMENTA LOS SINSABORES DE LA FANTASÍA.

Es semejante á esas aguas desbordadas que, alejándose del hilo de la razón, durante la noche y á modo de olas, entran en tu casa cuando estás durmiendo.

LOUYS DORLÉANS. — 1631.

Viendo que caía la noche y que el Rey Pausole prolongaba su siesta reparadora, el dueño de la alquería dijo á su hija que acechara el despertar del Rey, mientras subía él á sus habitaciones para ponerse el frac de su lejana mocedad, y ultimar la reglamentación del improvisado festín que había de ofrecerle á Su Majestad.

Nicolasilla, la menor de las hijas del buen hombre, era una muchacha devorada de esperanzas. Sus cuatro hermanas

se habían escogido, en un intervalo de veinte años, maridos de clase distinta á medida que iba aumentando la fortuna de su padre. La primera había conseguido — podemos decir seducido — á un hombre joven que se ganaba la vida exhibiendo monos sabios, y que, después de haber tenido la bondad de concederle un hijo, había llegado, en la vía de las concesiones, hasta darse él mismo para siempre. La segunda se había casado con un escribano. La tercera, más exigente, quiso por esposo un tercero de la buena sociedad. La cuarta era gobernadora. Después de tan continuado ascenso hacia los honores y los salones de varias categorías, Nicolasilla no quería ser menos que sus hermanas.

Cuando vió al Rey entrar en la alquería de sus mayores, no dudó la muchacha de que acudiera á ella su propio destino, ceñido de púrpura y con la testa coronada.

Apenas se hubo dormido Pausole, intrigó la chica para quedarse sola con él. Al pronto, le fué negado tal permiso; pero como pasaban las horas y que la real nariz iba inclinándose cada vez más

hacia el pecho, el sueño del insigne visitante tomó un aspecto de eternidad que suspendió las precauciones. El colono se esquivó, dejando á su hija de centinela.

El corazón de la muchacha latió con



más energía : había llegado la hora de su destino.

¡ Ah! ¿ qué hacer, y cómo desempeñar el papel que el destino le proponía?

No conocía la etiqueta de las cortes sino por los poemas y los dramas que con generosidad le regalaba su hermana la gobernadora, cada año, en la época de los aguinaldos. No obstante, ya era saber algo; y, aunque quizá no se hable

siempre á los príncipes de carne y hueso como se les habla en el teatro, no ignora una completamente las cosas del trono cuando tiene cierta literatura, pensaba Colasa.

Y lo probó.

Tomando de un florero de porcelana pintada una rosa de papel dorado, se acercó al Rey, le besó la frente, tendió su mano derecha, y recitó con voz de muchacha juiciosita :

¡ Oh Rey, sal de tu ensueño : despierta, mira!

Pausole estornudó, pronunciando una interjección ininteligible. Y prosiguió :

— ¿ Qué hay? ¿ qué quieren?

— ¡ He venido, tartamudeó la joven, he venido, yo la Ignota, yo la Ingenua, yo la Contrahecha, menuda y desnuda, he venido!

— Hija mía, dijo Pausole medio adormilado aún, sobran adjetivos. Fuera de esto, me parece muy lindo lo que me estás contando. Pero, ¿ quién eres?

La chica se turbó ligeramente, y repuso un poco más de prisa :

— Soy el astro primero en dar su luz.

Soy aquella á quien se cree en la tumba y que sale de las tinieblas. Mi seno está inquieto, la voluptuosidad lo oprime, y nunca lloro y nunca río.

El Rey se echó contra el respaldo de su sillón y abrió la boca con espanto.

Con mayor velocidad, Colasa continuó:

— He cogido esta flor para ti sobre el cerro. ¡Oh! mi corazón me dice que ha llegado para mí un instante supremo... Oh ensueño de mis noches, caro deseo de mis días, tú á quien ya no esperaba pero en quien confiaba siempre, necesito verte, verte, verte...; aquí tienes mi corazón que sólo late...

— Pero ¿qué jerigonza...?

— Para ti. Señor, jamás he contemplado sin temor la augusta majestad sellada en vuestra frente, pues el joven es hermoso, pero el anciano es grande. Puesto que mis labios se han acercado á tu copa llena aún de los besos del céfiro que ha de llevarme en sus alas, toma tu laúd, Pausole, y mira. Soy hermosa: el alba exaltada cual pueblo de palomas recorre los campos con una flor en la mano.

— ¿Qué estás diciendo? rugió el Rey con voz que por fin la hizo callar.

Pero, en aquel mismo instante, y como quedara la joven con la boca abierta, aterrorizada, vió Pausole detrás de la ventana luces que se movían; vió antorchas que se acercaban, gente que corría, brazos que se tendían, una especie de gigantesco carnero que desde los cristales más altos bajaba hasta el suelo su zarandeada cabeza... Bruscamente la puerta se abrió, y Diana la Copetuda entró.

— ¡Ya me lo figuraba yo! exclamó la mujer.

La pobre Nicolasilla se escondió detrás del Rey.

Pausole, descargando su ancha mano sobre una mesa que acogió ruidosamente el regio manotazo, profirió:

— ¡Ira de los dioses! ¿qué significa todo esto? ¿Ó sigo todavía dormido, ó estoy loco...? ¡Taxis! ¿dónde está Taxis?... Gil, Gilillo! ¡Gilito! ¡Gildemonio!... ¿Dónde está mi ministro? ¿Dónde está mi paje? ¿Dónde estoy yo mismo? ¿Y en qué cueva de bandidos ha sido tramada esta asechanza?

— ¡Ah Señor, estáis en mis brazos! explicó Diana la Copetuda.

— Estarás en mi sombra y yo en tu luz, rectificó Nicolasilla.

— ¡Váyanse al diablo mujeres y cortesanos! juró el Rey fuera de sí. ¡Taxis! pero, ¿por qué no viene? ¡Taxis! ¡Taxis! ¡Gilillo! Jamás podré, por mí mismo, salir de semejante apuro. ¿Dónde están mis guardias, mis soldados? ¿Por qué han roto sus lanzas? ¡En buena ocasión las han roto! ¡Ese Gilillo es un pillete! Con razón quería Taxis encerrarlo... ¡Taxis!... Pero, ¿dónde se oculta? ¡Todos me han abandonado, entregándome en manos de locas, en manos de locas!...

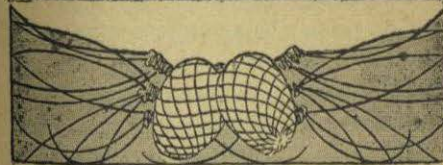
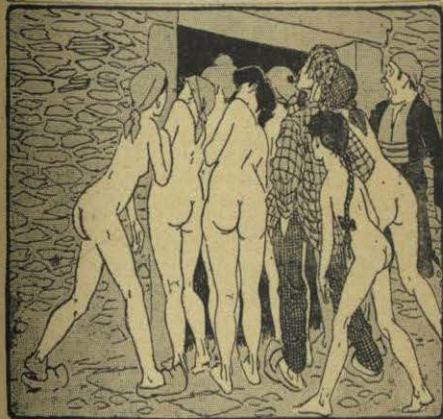
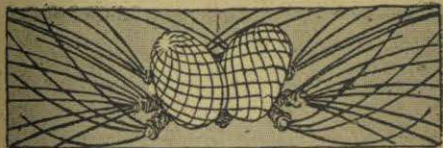
En efecto, en medio de un tumulto que crecía por momentos, Diana, tirando de Colasa por un brazo, le atizó un par de bofetadas que sonaron como una hermosa rima...

Algunos quisieron separarlas...

— ¡Taxis! ¡Taxis! repetía Pausole.

Y luchaba éste á su vez, apenas reconocido por las mozas de alquería que se habían precipitado al ruido de la disputa. En la puerta, la gente se agolpaba, lanzando consejos, exclamaciones... Gritos agudos partían del patio, mezclados con el lloriqueo de Colasilla, con el ladrido de todos los perros de la vecindad, y

con el balido sepulcral de la enorme



montura traída por la sultana fugitiva, cuando, por encima de todo aquel cla-

moreo, se oyó la voz quejumbrosa del dueño de la finca, diciendo :

— ¡Un camello, un camello! ¡Un dromadario en mi casa!

X

CÓMO LLEGÓ GILILLO HASTA LA BLANCA ALINA, Y LO QUE SIGUIÓ.

Mulier quænam pudibunda?

— *Quæ tegit faciẽm cum indusio suo.*

Nugæ Venales. — 1644.

Antes de exponer cómo y por quién se efectuó el desenlace de la escena precedente, nos es preciso volver á Gilillo y al punto mismo en que lo dejamos, según las reglas fundamentales de la tradición romántica.

Lo dejamos, pues, presentándose con traje de campesina á la puerta de la blanca Alina, invocando falaces razones tomadas de las costumbres de la domesticidad.

— ¡Adelante, adelante! dijo una voz.

Entró con calma el joven, y miró en torno suyo...

Ni en la cama ni en la habitación, había nadie.

No obstante, colgados á la pared, un vestido verde, un pantalón de hombre, y otras prendas que no detallaremos, indicaban cuando menos dos presencias.

Muy sereno, y fingiendo voz de tiple, el joven preguntó :

— ¿No está el señor?

— ¿Para qué?

— Tengo que decir dos palabras al señor...

Una risilla loca salió del cuarto tocador; la puertecita se entreabrió.

— ¿Qué hay, qué ocurre?

— ¿No puede el señor venir aquí un minuto?

La risita redobló.

Después hubo un silencio, una especie de inquietud, y, al cabo de unos cuchicheos, la voz repuso :

— ¿Está usted sola?

— Sí, señora.

— Cierre la puerta con llave, que voy.

Echó Gilillo la llave, y, para mayor precaución, la metió luego en su bolsillo.

Entonces, tranquilamente, sin reparo ante una criada, la blanca Alina se ade-

Linita. Un racimo de uva moscatel entre su mano y sus dientes : tal era todo su traje.

— El señor no puede venir, dijo ella



sonriéndose. Dígame usted á mí lo que tenga que decir.

Aunque se había declarado colmado por los favores de Tirreta, sintió el paje renacer en él, ante aquella aparición, todo el fuego de que ardía Pirro; mas, dando prueba, aquella noche, de excepcional reserva, juzgó peligroso prolongar

un examen que fuera nocivo á otros proyectos.

Ya con voz masculina, repuso :

— Señora, siento profundamente el haber visto á Vuestra Alteza...

— ¡ Un hombre! ¡ Un hombre! gritó Mirabella abalanzándose con aire agresivo.

— ¡ Estamos descubiertas! lloró Linita.

Y se desmayó en brazos de su gran amiga.

Gil, muy extrañado, sin duda, pero preparado no obstante por su experiencia de la vida íntima á aquel género de sorpresas, abrió la puerta del cuarto tocador, se dió bien cuenta de que no había por allí más amante que aquella muchacha con pelo corto, y se dijo que todo quedaba explicado.

Hizo dos gestos.

Uno significaba :

— Situación clara

Y, el otro :

— No deja de tener gracia.

Luego, mientras Mirabella, á fuerza de cuidados y de caricias, reanimaba á su tierna cómplice cuya palidez apenaba, Gilillo, encerrándose en el cuartito vecino,

se quitó las prendas femeninas. Arregló su cabello, se puso la gorra, cepilló su jubón azul, estiró su calzón amarillo, puso en orden su ropilla y se lavó las manos con agua tibia.

Ya presentable, salió y saludó.

Lina arrojó un nuevo grito de angustia:

— ¡Dios mío, un paje de papá!

Mirabella se había levantado; sus ojos echaban chispas. Visiblemente se contenía para no lanzar al intruso todo el carcaj de injurias (« paletada », dijera ella) que el suntuoso lenguaje de entre bastidores suministra generosamente á las bailarinas cuando entre ellas hay agarres.

Pero de tal manera se contenía, que, en vez de dar rienda suelta á su ira, con mano nerviosa cogió á Gilillo por la muñeca, y, llevándose al cuarto tocador se abrazó á él con una pasión cuyas intenciones comprendió en seguida el paje.

Pegó su cuerpo desnudo y ardiente contra el calzón de tela ligera, y puso en los labios del joven un beso del género penetrante. Después, en términos concisos le manifestó que podía disponer de

ella hasta más allá de los límites honestos, y cuantas veces se le antojara, si, en cambio, consentía en mostrarse caritativo con dos desgraciadas amigas, en no denunciar su asilo, en no asistir á sus juegos, y en saborear lo suficiente los ejercicios con una para olvidar á la otra.

— ¡Bonita opinión tiene usted de mí! exclamó Gil. Sólo le falta á usted ofrecerme sus sortijas con un objeto de arte en bronce pintorreado. Vaya, cálmese. Bueno; ahora, pídame perdón. Mejor: con las manos cruzadas y mirando al suelo. Diga usted: « Perdón, señor, ya no lo haré más. »

De nuevo lo besó Mirabella; pero, esta vez, en las dos mejillas.

— ¿No hablará usted?

— Jamás se me ocurrió tal cosa.

— Pero es usted paje del Rey... : ¿viene usted de su parte?

— No se acostumbra á vestir de moza de labranza á los pajes para confiarles misiones oficiales. Le aseguro á usted que no reza tal el protocolo.

— Entonces, ¿á qué obedece su venida aquí?

— Á que, dentro de media hora, si no

está usted lejos de aquí, estará usted en la cárcel.

— ¡Bien lo decía yo! y no han querido creerme... Mas, ¿á quién de las dos desea usted salvar? No será á mí, puesto que usted no me conoce... Será á ella...

— Á las dos, desde luego. De no ser así, arreglárame yo para separarlas á ustedes. Confie en mí. Haga lo que le digo, y démonos prisa, pues á todos urge salir de aquí. También estropearía mi carrera el que me sorprendieran aquí.

Tres golpecitos dados detrás de la puerta suspendieron la conversación.

— ¿Qué están ustedes haciendo ahí dentro? preguntaba Lina con inquietud.

Mirabella abrió la puerta.

— Viene á avisarnos, querida, á salvarnos : ya nos están persiguiendo.

— ¿Quién?

— El Rey, contestó Gilillo. Ha salido de palacio esta mañana con el mayordomo mayor y conmigo. He despachado al señor Taxis hacia una dirección fantástica, y he dejado al Rey durmiendo en una alquería de este pueblo. Pero Taxis va á regresar, y el Rey se despertará, y

seréis presa como en una jaula, Alteza, dentro de algunos minutos.

— ¡Pronto, vistámonos, Mirabella! ¡Mi vestido, mis medias!... ¿Dónde están mis medias?

— ¡No por cierto! dijo el paje, se conocen los pelos y señales de cada una de ustedes; hay que ponerse otra ropa.

— El caso es que sólo ésta tenemos.

— Yo he traído un traje. En este país, un traje basta para dos personas.

Entró vivamente en el cuarto tocador, salió con la ropa de la lechera, y, sin más preámbulos, puso á Lina la larga falda.

— Tenemos prisa, Alteza, añadió, al notar la extrañeza de la joven; yo soy quien os viste.

Como arrastraba la falda, subió la cintura hasta por encima de los senos y cruzó las cintas alrededor del talle. Todo esto quedó prontamente oculto bajo una toquilla que él anudó en medio de la espalda.

El sombrero de paja de anchas alas completó el disfraz.

— Ahora, usted, señorita...

— Mirabella.

— Bonito nombre.

Hizo Gil que se sentara la joven, alzó el corto pelo, fijó en lo alto de la cabeza una cajita redonda y vacía que ostentaba las señas de un perfumista, y que se hallaba sobre una mesa, y dispuso alrededor un pañuelo de seda de color anaranjado.

— ¡ Terminado! dijo. Le he puesto á usted un moño : ya está usted lista.

— ¿ Sólo con esto?

Gilillo tomó una voz de modista parisiense :

— No va usted á vestirse para salir, señora : llamaría usted la atención.

— Usted dispense, protestó Mirabella, pero yo no soy de Trifema. He nacido en Montpellier, en la calle Petit-Saint-Jean. Así, pues, me pondré mi americana ó un vestido, si tiene usted alguno que darne, pero no saldré así, amiguito mío.

— Sin embargo, hace un rato no parecía molestarle á usted mucho el estar desnuda...

— ¿ Porque había un hombre en mi cuarto?... La cosa es muy natural; así fueran ustedes quince, no me ocultaría... Pero fuera, en el camino, delante de desconocidos...

Se acercó á la pared y ocultó la cara entre sus manos diciendo :

— ¡ Qué avergonzada estoy!

Lina se fué á ella :

— ¿ Quieres mi traje? Yo saldré desnuda, no me importa.

— ¡ No, no! exclamó Gilillo. Alguien puede reconocer á la Princesa. Á ella es á quien hay que ocultar, y para ello no sobran el ancho sombrero ni la falda que le he puesto. En cambio, nadie sabe quién es usted. La policía cree que es usted un muchacho; despíselos más aún si prosiguen sus pesquisas. Se han detenido por orden superior, pero todo puede cambiar mañana temprano : de nada respondo entre media noche y mediodía. Á marcharse, que corre prisa. Cada una tomará uno de los cántaros que acabo de traer. Salgan sin hacer ruido, pero con franqueza y serenidad. Quienes las encuentren á ustedes podrán decir á la policía que, á eso de las nueve, han visto á dos lecheras que llevaban leche : de una, no pudieron ver la cara; la otra era morena, alta, y estaba desnuda. Apuesto á que nadie puede adivinar que las dos lecheras son : la rubia Princesita

Alina, y el desconocido á quien persiguen.

— ¡Qué bien imaginado! exclamó Lina batiendo palmas! ¡Y qué bueno es usted, señor! Voy á darle un beso, si mi amiga lo permite.

— ¡No! contestó vivamente Mirabella. No tenemos tiempo. Marchémonos, puesto que es preciso.

— Un minuto, dijo Gilillo. ¿Adónde irán ustedes, á Trifema? ¿Dónde pasarán la noche?

— En un hotel.

— ¡Muy bien! Para que á las pocas horas caigan en manos del servicio especial de policía que vigila ese género de casas.

— No podemos, sin embargo, entrar en una casa particular ni dormir sobre un banco del Jardín Real.

— No se trata de eso. En la avenida de Palacio tomarán ustedes la segunda calle á la derecha, luego la primera á la izquierda, atravesarán una plazuela... ¿Se acordarán bien?

— Sí, sí.

— ... Y sigan derecho hasta la calle de Amandines. Llamen en el n.º 22. En ese número se halla el inmueble de la Unión

trifemesa para el Salvamento de la Infancia, excelente institución que recoge á los menores de ambos sexos cuando declaran estar criados con harta severidad.

— ¿Y estaremos tranquilas, allí?

— Desde luego. Tal es el fin que se propone la Sociedad.

— ¿Hay muchachos? preguntó Mirabella.

— Tres Secciones: una para muchachas, otra para muchachos, y una sección mixta. Ustedes escogerán... También les preguntarán si quieren estar en el dormitorio ó en un cuarto particular. Son muy amables en esa casa.

— Pero, ¿y si quieren saber nuestros nombres y nuestras señas?

— Se negarán ustedes á darlos. Están acostumbrados á que no se atrevan los niños á decir de dónde vienen, por miedo á que sean devueltos á su familia. Conozco á aquellos buenos ancianos: harán cuanto puedan para protegerlas á ustedes, aun cuando descubrieran quiénes son. No olviden el número 22, calle de Amandines. Y, ahora, ¡vivo, vivo, salgan de aquí!

Salieron. Mirabella estrechó la mano del paje, y Lina se volvió para echarle una larga mirada en donde había algo más que agradecimiento.

* * *

Gilillo quedó solo. El reloj de mármol cuadrado daba las ocho y media.

— Estoy retrasado, se dijo. Por consiguiente, inútil que me dé prisa.

Y examinó el cuarto.

Estaba muy en desorden.

Un ancho diván que sin duda había parecido sospechoso estaba aún cubierto de una sábana limpia pero arrugada, sobre la cual había dos almohadas, una sobre otra. Aunque ya habían sido quitados los manteles, en un plato, y al alcance de la mano, yacía una banana. En la luna del armario, una frascita trazada con el diamante de una sortija daba testimonio de una dicha sin igual y repetida. En un rincón vió Gilillo el adorno del reloj de chimenea : un grupo de « Pablo y Virginia », alejado sin duda por Mirabella, por parecerle de mal ejemplo.

Al alzar aquel objeto de arte, vió el

sobre blanco de una carta. « Á Su Majestad el Rey Pausole », decía la dirección.

— ¡Cómo, murmuró, le escribía!

El sobre no estaba cerrado. Gilillo, confidente y cómplice de las fugitivas, abrió la carta, sin reparo leyó, cerró el sobre, y lo puso en su escarcela.

En momento en que buscaba el mejor medio para huir él á su vez, sus ojos cayeron sobre la ropa colgada de una percha.

No era posible abandonarla. En caso de pesquisas, aquello indicaba á las claras que la blanca Alina y el desconocido habían cambiado de traje.

Por otra parte, ¿destruirla?

¿Cómo?

¿Disimularla?

¿Dónde?

Hacer que otros se la pusieran: esto era lo mejor. Al día siguiente, día de Pentecostés, sin duda que les agradaría en sumo grado á dos campesinitos el lucir aquella americana azul y aquel vestido verde. De ahí, una pista falsa, una preciosa pista falsa.

Quitó Gil la sábana que cubría el

diván, almacenó en ella la ropa, y con vigoroso puño envió el fardo por encima del muro del patio vecino.

Después, deslizándose por un pilar llegó al jardín, se escurrió en la sombra hasta el seto del fondo, buscó una salida, no la encontró, hizo una y salió.

Seguramente que ya le esperaba Tirreta en el olivar adonde, días antes, condujera Mirabella á la blanca Alina.

Gil, bastante distraído con el reciente recuerdo de sus dos protegidas, no se sentía con ánimo de acudir á la cita; pero arrepintiéndose de exponer á Tirreta á pasar en espera las largas horas de la noche, como también de privarla de las satisfacciones cuya apetencia manifestaba ella con tanto ardor.

Acerca de esto iba meditando, cuando se vió detenido á la puerta de la alquería. Y, descubriendo allí á los cuarenta guardias que seguían en pie, se dijo:

— Taxis garantiza la virtud de esta gente, incapaz, según él, de atreverse con una muchacha... ¡Pues vamos á ver!... ¡Guardias!

Acudieron éstos.

— ¿Quién de ustedes, preguntó Gilillo,

quiere pasar la noche con la joven más guapa del pueblo?

— ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! gritaron á coro.

— ¿Todo el mundo acepta?

— ¡Sí! ¡Sí!

— Bueno. Id al olivar que se halla á mano derecha del camino. Allí veréis á una muchacha que se llama Tirreta, si bien recuerdo. Decidle que mi servicio me obliga á no apartarme del Rey, esta noche, pero que le envió cuarenta lanceros con un ramillete de tulipanes. ¡Andad! Y, si se resiste, que no os detengan sus negativas para agasajarla cumplidamente.

Ya se marchaban, cuando Gil les gritó:

— Pero con los debidos miramientos, y uno tras otro.

